

RAFA NADAL EL REY DE LA TIERRA

CHRISTOPHER
CLAREY



geoPlaneta



RAFA NADAL EL REY DE LA TIERRA

**CHRISTOPHER
CLAREY**

RAFA NADAL
El rey de la tierra

1.^a edición
geoPlaneta
Diagonal 662-664. 08034 Barcelona
geoplaneta@planeta.es - www.geoplaneta.com

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

Título original: *The Warrior Rafael Nadal and His Kingdom of Clay*
© Christopher Clarey, 2025
Esta edición ha sido publicada de mutuo acuerdo con Grand Central Publishing, Nueva York, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

© Editorial Planeta, S.A., 2025
© de la traducción: Raquel García Ulldemolins, 2025
Realización: Planeta

ISBN: 978-84-08-30437-1
Depósito legal: B. 5.803-2025
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SUMARIO

Capítulo 1. El monumento	9
Capítulo 2. El código	23
Capítulo 3. El arma	45
Capítulo 4. El lienzo	61
Capítulo 5. La visita	89
Capítulo 6. La primera	97
Capítulo 7. Los predecesores	119
Capítulo 8. La paliza	141
Capítulo 9. La derrota	163
Capítulo 10. Los fundadores	187
Capítulo 11. El contragolpe	209
Capítulo 12. Los clásicos	235
Capítulo 13. El lenguaje	265
Capítulo 14. Los rituales	275
Capítulo 15. La sequía	283
Capítulo 16. La décima	301
Capítulo 17. El reino	323
Capítulo 18. El otoño	345
Capítulo 19. La última	369
Capítulo 20. Los anillos	391
Títulos de Grand Slam de Rafa Nadal	419
Agradecimientos	423
Índice	429

CAPÍTULO I

EL MONUMENTO

Era la primera vez en veinte años que Rafa Nadal se ausentaba de Roland Garros, pero aun así continuaba siendo el centro de atención.

Miles de fans cruzaban la entrada principal y bajaban por la amplia escalinata de piedra para ver el partido inaugural de Roland Garros 2023. Una flamante estatua de acero de tres metros de altura de un Nadal en plena acción era la primera parada para hacerse una selfi.

Allí estaba, en primera línea, contra todo pronóstico y protocolo, por pura fuerza de voluntad y por sus inapelables números.

¿Por qué inmortalizar a un español en la catedral francesa del tenis? ¿Por qué erigir una estatua de un campeón en activo (se inauguró en el 2021)? Aunque la pregunta que hay que hacerse es: ¿quién podría haber imaginado que alguien sería capaz de ganar catorce veces el torneo más duro y extenuante de este deporte?

«Para mí, es el récord más impresionante de la historia del deporte individual», dice Feliciano López, recientemente retirado del tenis y buen amigo de Nadal. «Ganar un título de Grand Slam es el sueño de cualquier tenista. Ganar un mismo título de Grand Slam catorce veces no es un sueño. Es una locura.»

Contrariamente a la creencia popular, Rafa Nadal no es del todo reacio al culto a Nadal. Una visita al Rafa Nadal Museum, inaugurado durante su carrera como tenista en la Rafa Nadal Academy, en su ciudad natal, Manacor, es una dosis de

autobombo que choca con la imagen de humildad que transmite.

Sin embargo, él nunca pidió una estatua en el Abierto de Francia. Simplemente, sus números eran tan descomunales que la respuesta lógica debía trascender la vida. Los franceses, que van sobrados de chovinismo, tuvieron que aceptar la realidad.

«Aunque no me guste decirlo, es verdad que lo que he conseguido en París es algo muy muy especial», confiesa Nadal. «Estoy agradecido y comprendo el gesto. Logré algo muy difícil de imaginar.»

Nadal forma parte del paisaje de Roland Garros, no solo del libro de los récords del torneo. La imponente estatua, obra del escultor vallisoletano Jordi Díez Fernández, es hoy un destino de peregrinación. Esto no es el Louvre. Aquí no hay barreras, ni cordones de terciopelo ni alarmas. El torneo invita a la gente a acercarse a la estatua. Vi a una fan que se hizo una foto besando el pie de acero de Nadal, y a otros muchos rugiendo e imitando el fulminante golpe directo que retrata la efigie.

Kevin Wu, un joven estadounidense aficionado al tenis cuyos padres le habían regalado entradas para Roland Garros por su graduación, estaba entre la gente que rodeaba el monumento.

«Me parece bien que le dediquen una estatua, porque ha ganado el torneo un montón de veces», me dijo Wu. «Para mí, es el torneo de Rafa.»

Era su torneo, sin duda, pero también su superficie. La tierra batida de Roland Garros, y de otros feudos de Nadal como Montecarlo, Barcelona o Roma, es árida, resbaladiza y traicionera. Este enorme lienzo de tierra, que se alisa al final de cada set, deja en evidencia al inexperto pero recompensa al veterano, sobre todo si ha crecido con este tipo de superficie.

La tierra batida es a Nadal lo que el agua a Michael Phelps o el aire a Simone Biles: un hábitat natural idóneo para encadenar un éxito tras otro. Paradójicamente, no era la superficie favorita de Nadal en su adolescencia, pero ha sido y seguirá siendo su mejor superficie.

En junio del 2023 empecé por el principio y visité las pistas de tenis de la infancia de Nadal. Abandoné París durante la celebración de Roland Garros y volé rumbo a Mallorca para conocer la tierra batida del modesto recinto donde dio sus primeros pasos, en las afueras de su ciudad natal, Manacor. Al recorrer los pasillos y vestuarios del Club Tenis Manacor, que ha vivido tiempos mejores, uno no puede evitar preguntarse: *¿Qué probabilidades había de que saliera un gran campeón de un lugar como ese?*

Las había, claro está, pero quizá no tantas como cabía esperar, teniendo en cuenta que Mallorca, una isla con menos de un millón de habitantes, ya había producido otro número uno del tenis, Carlos Moyá, poco antes de la irrupción de Nadal. Una descolorida pancarta con la imagen de los dos triunfadores locales se alza sobre las pistas del club de Manacor.

«Es como si Rhode Island diera dos números uno seguidos», comenta James Blake, antigua estrella del tenis estadounidense que ahora trabaja como comentarista de ESPN.

Muchas cosas tuvieron que salirle bien a Nadal para triunfar: un tío, Toni Nadal, que sabía de tenis y compartía la residencia familiar; otro tío, Miguel Ángel, que era un futbolista de élite; unos padres, Sebastián y Ana María, que sabían cuándo ceder el paso; un referente como Carlos Moyá; un agente y ocasional compañero de peloteo como Carlos Costa, que hizo que todo pareciera posible; y, por encima de todo, un chaval con el temperamento ideal para acompañar un talento fuera de lo común y una energía desbordante.

«Es la tormenta perfecta», afirma el extenista Emilio Sánchez-Vicario, que ahora dirige una escuela de tenis.

Son muchas las circunstancias que podrían haber desviado a Nadal de su rumbo: lesiones, dinámicas familiares negativas, el fútbol, grandes sumas de dinero, el tedio, la presión, el atractivo cerúleo del mar Mediterráneo, a años luz de los calcetines manchados de tierra batida, las cintas para el pelo sudadas y el sacrificio diario.

¿Qué probabilidades había?

Recuerdo haber pensado algo parecido cuando visité Ko-paonik, la modesta estación de esquí serbia donde Novak

Djokovic, uno de los archirrival de Nadal, recibió su primera clase de tenis al otro lado de la calle de la pizzería familiar, igual que Nadal había recibido sus primeras lecciones, a cargo de su tío Toni, al otro lado de la calle del apartamento familiar en Manacor.

Al pisar aquella pista dura, agrietada y descuidada cuando la visité en el 2010, era fácil imaginar otro desenlace. En la familia de Djokovic no había tenistas profesionales, solo buenos esquiadores. Si aquellas pistas de tenis no se hubieran construido en aquel lugar concreto, y si Jelena Genčić, carismática profesora de tenis y formidable cazatalentos, no hubiera escogido aquel verano en particular para impartir clases en aquellas remotas montañas serbias, Djokovic nunca habría contado con el comienzo temprano y la base sólida que requiere un futuro profesional del tenis.

Pero ocurrió que Genčić, de cristalinos ojos azules y buen olfato, fue a parar allí y se apresuró a convertirse en la guía de Djokovic por territorios desconocidos, pese a que aquello nunca había formado parte de ningún plan maestro. Y resultó que aquel chaval pelopincho estaba en el lugar adecuado en el momento justo para emprender el camino hacia lo más alto, pese a la guerra, las dificultades económicas y el aislamiento.

Para conocer bien a Nadal parece que hay que seguir su ejemplo: sudar y sufrir, hacer un esfuerzo extra incluso en tus días libres. Mientras escribía este libro, me habitué a los rituales al estilo de Rafa —paseos por la mañana temprano, café molido, respiraciones profundas— para mantener la mente alejada de la línea de meta. En el teatro y en el cine existe la actuación de método. Pues bien, esto es «escritura de método», y cuanto más sabes sobre Nadal, más quieres que no te sea fácil, en mayor medida renuncias a ahorrarte cualquier problema. Inspirándome en Roger Federer, como hice en mi libro *Master*, sé que el estado ideal es, sin duda, aquel que te permite fluir. Al escribir sobre Nadal sientes como si tuvieras que experimentar la presión, sentir el desgaste, mientras construyes la narrativa ladrillo a ladrillo, con algún que otro tirón ocasional de la parte trasera del pantalón, para que en tu portátil todo siga avanzando en orden.

Mucho antes de la eclosión de Nadal, viajé a otro lugar de España, al soñoliento Monzón, en la provincia de Huesca, y recorrí con los dedos las paredes de la fábrica donde Conchita Martínez se enamoró del tenis y sus ritmos. Los muros han propulsado más de una carrera tenística, y la pequeña y tímida Conchi se pasaba las horas golpeando ese en concreto con la bola. La niña prometía tanto que su familia, con pocos recursos y sin experiencia en el tenis, tuvo que tomar la difícil decisión de dejarla marchar a Barcelona a los doce años para que empezara a entrenar. Fue la primera española que ganó Wimbledon, al derrotar en la final de 1994 a la veterana reina de las pistas de hierba Martina Navratilova. Después se convirtió en la capitana del equipo español de la Copa Davis y aconsejó a Nadal y a sus compañeros de equipo.

«Claro que hay un componente de suerte, pero creo que lo principal es sentir pasión por lo que haces y disfrutar del proceso», dice Martínez. «Recuerdo que, en mi caso, agarraba una raqueta y ya no quería soltarla, y estoy segura de que Rafa sentía pasión por el tenis y por aprender y seguir mejorando. Eso es fundamental. Por descontado, Rafa es un campeón de otro nivel, las cosas que ha conseguido son un sueño hecho realidad, pero si echas la vista atrás, es alucinante. Cuando empiezas, nunca sabes hasta dónde vas a llegar.»

Hice otro viaje, esta vez mucho más largo, a las afueras de Harare, en Zimbabue, hasta una granja familiar de aguacates que, en realidad, era una fábrica familiar de tenis. El propietario, un tipo canoso que solía ir descalzo, se llamaba Don Black. De joven había jugado en Wimbledon, y disfrutó tanto de la experiencia que se propuso construir un «pequeño Wimbledon» en la África rural y formar a sus propios campeones.

De una en una, construyó cuatro pistas de tenis de hierba y las cuidó con esmero. Y no tardó en colgar un rótulo en la verja con la misma frase del poema *Si...*, de Rudyard Kipling, que preside la entrada de los jugadores a la pista central de Wimbledon: «Si te enfrentas al Triunfo y a la Derrota / y a estos dos impostores los tratas de igual forma...».

Don y su esposa Velia tuvieron tres hijos —Byron, Wayne y Cara—, que, en medio de la agitación política de su país, empezaron a competir en el circuito y, lo que resulta más simbólico, en Wimbledon. Byron y Cara llegaron al número uno del mundo en dobles, y aunque ninguno de los vástagos de Don logró cumplir el sueño de su padre —ganar la final individual masculina o femenina en el All England Club—, sí le hicieron justicia: Cara conquistó el torneo júnior femenino en 1997 y el de dobles mixtos junto con Wayne en el 2004. Byron llegó a cuartos de final en la modalidad individual y a la final en dobles.

El destino era la agricultura.

¿Qué probabilidades había?

A tenor de nuestras múltiples conversaciones a lo largo de los años, deduzco que Nadal no ha dedicado ni mucho tiempo ni mucha energía a reflexionar sobre ello.

Ese es uno de sus puntos fuertes: su capacidad para vivir el momento. Es el objetivo de todo tenista, pero ya era difícil de alcanzar mucho antes de la era de las redes sociales y las plataformas digitales. Nadal aprendió a centrarse en lo esencial a través de rutinas y rituales; aprendió a simplificar lo complejo a fuerza de costumbre. Pero no todo era aprendido, también le venía de serie. Puede que Nadal se crezca con los retos, reales o imaginarios, pero no es una persona que se preocupe en exceso. Se vio impulsado por su prodigiosa energía y su ímpetu competitivo, y si se paraba a pensarlo arqueando una ceja, echar la vista atrás le servía de bien poco, a menos que fuera para vender entradas del museo que lleva su nombre. La única cosa que marca la diferencia, mientras barres con la zapatilla la tierra de la línea de fondo, te colocas el pelo tras las orejas, te enjugas el sudor de la cara y botas y botas la pelota, es el punto que te dispones a jugar.

El otro factor a tener en cuenta es que las raíces de Nadal no son solo sus raíces. Son su presente. No necesita hacer un peregrinaje lleno de nostalgia al modesto lugar donde empezó todo: volar con cámaras y reporteros desde la península o desde más lejos hasta Manacor (casi 48 000 habitantes) y hasta esas pistas de tenis de las afueras. Pasa siempre en coche

por delante de ellas, aunque rara vez se detiene. La Rafa Nadal Academy no está lejos de allí. Los apartamentos de su infancia en Manacor están aún más cerca, y su nuevo hogar, una casa de ensueño en lo alto de un acantilado, con un embarcadero tallado en las rocas al estilo de las películas de James Bond, se encuentra en Porto Cristo, la urbanización situada a tan solo doce kilómetros de Manacor que siempre ha sido el refugio del clan Nadal.

La gente dice, con razón, que Nadal tiene los pies en la tierra, y esta es la tierra en cuestión. Nació y creció en Manacor, y a excepción de un año de idas y venidas de un internado en la capital, Palma, siempre ha vivido allí. Se casó con una manacorí —María Francisca Perelló— y nunca ha dejado de ser un manacorí más: regresaba tan pronto como podía de los viajes tenisísticos que le dieron a conocer más allá de su isla natal. De adolescente, se trasladó junto a sus padres y su hermana pequeña, Maribel, a un edificio de apartamentos en el centro de Manacor con sus abuelos y la familia de Toni Nadal. Cada generación y familia tenía una vivienda en una planta diferente. El edificio estaba en una de las plazas más importantes de Manacor, donde se encuentra la iglesia principal, que Nadal veía desde el balcón. Vivía en un barrio lleno de caras familiares, vecinos y tenderos a los que saludar cada día; una comunidad en la que la ostentación y la fanfarronería estaban mal vistas. Nadal trasladaría al mundo del tenis ese civismo tan enraizado y recrearía el ambiente de pueblo en los recintos de los campeonatos de Montecarlo, Roma y Roland Garros.

Mallorca siguió siendo su hogar. Su historia empezó allí, continuó allí y probablemente terminará allí. Para Nadal, un hombre que valora la continuidad y la lealtad, parece apropiado que la áspera superficie sobre la que se inició con su tío Toni sea la misma con la que siempre se le identificará.

El tenis sobre tierra batida se ajusta a sus valores, algunos de los cuales seguro que provienen del propio juego sobre esa superficie: la ética del trabajo, la aversión a los subterfugios, la necesidad de pensar en los demás (por eso no dudaba en tirar de la alfombrilla de arrastre tras una sesión de entrenamiento para que los siguientes jugadores se encontraran la

tierra bien lisa). Pero, para ser justos, Nadal no solo ha sido un especialista en tierra batida. Él y su equipo rehuyeron esta etiqueta incluso en sus primeros años en el circuito, cuando su técnica y su potente saque anunciaban a todas luces que iba a romper moldes. Ganaría a lo grande y a menudo sobre otras superficies más rápidas del tenis profesional, y se convertiría así en uno de los mejores deportistas de todos los tiempos.

«Supe que Nadal iba a tener una gran carrera en el 2005, después de que conquistara su primer Roland Garros», dice Brad Gilbert, que ha entrenado a los números uno Andre Agassi y Andy Murray, así como a Coco Gauff, campeona del US Open. «Rafa cayó pronto eliminado en Wimbledon, pero luego, ese mismo año, pasó por el torneo de Canadá como una exhalación. Nunca he visto a nadie jugar tan rápido en una pista dura. Venció a Andre en la final, y me dije que a aquel chaval no solo se le daba bien la tierra batida. Es un gran tenista, un gran jugador capaz de adaptarse a todo.»

Nadal tuvo el talento, la motivación y la versatilidad suficientes para ganar dos títulos de Wimbledon sobre hierba y otros seis títulos de Grand Slam sobre las pistas sintéticas del Open de Australia y el US Open.

Pero la resbaladiza arcilla era su tierra firme: el refugio donde todos los elementos confluían con su variado conjunto de habilidades y con su mentalidad de luchador. En un deporte que a lo largo de las décadas ha ganado velocidad y perdido sutileza, la tierra batida sigue recompensando la paciencia y la construcción del punto. Requiere un trabajo de pies específico, porque los jugadores patinan en la pista, aunque solo en determinados lances del partido.

«Conozco entrenadores que dicen a sus jugadores que en tierra batida deben patinar con cada bola, y eso no es verdad», dice Michael Chang, el sorprendente ganador de Roland Garros en 1989.

Los profesionales patinan sobre todas las superficies como estrategia para ampliar su alcance y apuntalar la defensa: basta ver a Novak Djokovic en una posición abierta, patinando con un revés a dos manos antes de abrirse de piernas.

Sin embargo, la solidez de una pista dura permite recuperar la posición y cambiar de dirección en cualquier momento. Sobre tierra batida patinas anticipándote al cambio de dirección, sincronizando el contacto con la bola con el final de la patinada. Si empiezas a patinar antes de tiempo o tardas demasiado en hacerlo, esa sincronización se va al traste.

La velocidad pura y dura, de la que Nadal iba bien servido, no es suficiente. Necesitas perfeccionar la coreografía, y el manacorí arrancaba y se detenía con una precisión y una potencia absolutas. No era un bailarín con zapatillas deportivas, como el delicado Roger Federer, su gran rival, pero el estilo depredador de Nadal era, a su manera, majestuoso.

«Su forma de moverse sobre la tierra batida es mejor que la del resto», me dijo Federer. «Como mantiene una postura abierta en ambos lados, es como si estuviera lanzando dos *drives* desde la línea de fondo. Yo no puedo hacer eso, así que pierdo un metro o dos aquí y allá. En ese aspecto, él tiene una ventaja enorme. No sé cómo aprendió a hacerlo, no hay duda de que es extremadamente difícil.»

El movimiento explosivo y a la vez bajo un férreo control de Nadal es una de las explicaciones de lo que podría considerarse el logro deportivo individual más asombroso del siglo XXI.

La versión moderna del tenis tiene una larga historia. El torneo de Wimbledon se celebró por primera vez en 1877. Sin embargo, cuando Nadal irrumpió en París en el 2005, el récord de títulos individuales masculinos de Roland Garros, el primer torneo sobre tierra batida del mundo, estaba en seis campeonatos y lo poseía el sueco Björn Borg. Desde la retirada de Borg a principios de los ochenta, solo su compatriota Mats Wilander y el elástico brasileño Gustavo Guga Kuerten habían conseguido ganar tres torneos.

«Nadie va a volver a conquistar seis torneos como Borg», me dijo a principios de los noventa el antiguo número uno Ilie Năstase. «Esa era otra época.»

Pero Nadal, sorprendentemente —y aquí el adverbio está más que justificado—, superó con creces el récord de Borg.

«Igual que a cualquier profesional le costó imaginar que yo pudiera ganar tres Roland Garros, o que lo hicieran Guga

Kuerten o Ivan Lendl, a nosotros nos cuesta imaginar cómo Rafa ha podido proclamarse campeón en catorce ocasiones», me confiesa Wilander. «No le encuentro sentido. Es una dedicación total a la lucha competitiva. Sabes que si pierdes te va a doler muchísimo, pero estás dispuesto a correr ese riesgo una y otra vez. Eso es algo que nosotros nunca tuvimos.»

El veterano tenista francés Nicolas Mahut conoce de primera mano lo que es un récord imbatible. Jugó el partido más largo de la historia contra John Isner en la primera ronda de Wimbledon del 2010: perdió 70-68 en el quinto set tras 11 horas y 5 minutos de tenis entrecortado y dominado por el saque en el transcurso de tres días. Desde entonces, las reglas de los torneos han cambiado para evitar que se repita un quinto set tan maratónico como aquel. Aun así, el registro de Nadal deja boquiabierto a Mahut.

«Si participas catorce veces en Roland Garros, te dices que has tenido una buena carrera», declaró Mahut a *L'Équipe*. «Si ganas catorce partidos en el torneo, no está nada mal. Si llegas a la segunda semana catorce veces, significa que estás entre los mejores. Pero si ganas el torneo catorce veces, no hay manera de comprenderlo. No hay palabras para describirlo.»

Después de ver las inverosímiles actuaciones de Nadal en París a lo largo de tantos años, uno sospecha que el manacorí sería capaz de encontrar la manera de alcanzar las quince victorias incluso retirado. De todos modos, catorce campeonatos es la cifra más apabullante de una época repleta de récords tenísticos.

«Nunca vas a volver a ver en toda tu vida, ni tus hijos en la suya, a nadie levantando catorce veces un torneo del Grand Slam», afirma Ion Țiriac, la estrella del tenis rumano de la década de 1970, que actualmente es un empresario multimillonario y una de las personas más influyentes y perspicaces de este deporte.

Tampoco verás en toda tu vida a nadie capaz de disputarle a Djokovic su récord de títulos individuales masculinos de Grand Slam. Sean veinticuatro o más los grandes torneos que al final conquiste el serbio, será una cifra impresionante;

pero el récord de Nadal en Roland Garros es el tributo a la profunda y singular conexión de un tenista con una determinada superficie y a su capacidad para volver a intentarlo cada primavera.

«Era lo bastante humilde como para empezar de cero un año tras otro», apunta el extenista francés Gilles Simon, que era un gran estratega y fue contemporáneo de Nadal en las pistas.

Nadal se acercó mucho al total de grandes de Djokovic, pero nadie está ni remotamente cerca del récord de Nadal en Roland Garros, ni siquiera sus dos principales rivales, y tampoco hay quien iguale ese dominio en su superficie favorita. Federer era brillante sobre hierba y ganó Wimbledon ocho veces antes de retirarse en el 2022. Djokovic, excelente sobre cualquier superficie, pero excelso sobre pista dura, ha conquistado Wimbledon en siete ocasiones y el Open de Australia en otras diez, otro récord, una marca que habría merecido mucha más atención de no ser por las cifras de Nadal en París.

«De todas las estadísticas de esta gran época del tenis masculino, lo que deja a todo el mundo perplejo son los catorce Roland Garros de Rafa», declaró John Lloyd, antiguo tenista y entrenador británico, en una entrevista para la BBC.

Cuando Nadal empezó a jugar en el circuito a tiempo completo, el récord de títulos individuales masculinos de Grand Slam era de catorce, y lo poseía Pete Sampras. Nadal ganó catorce veces un solo torneo de Grand Slam.

«Si hace diez años me hubieras dicho a mí o a cualquiera de nosotros que Rafa iba a ganar catorce Roland Garros, nos habría dado un ataque de risa», dice Darren Cahill, extenista y uno de los grandes entrenadores actuales de este deporte. «Ahora nos reímos porque era posible y ha sucedido de verdad.»

El récord de Nadal en Roland Garros, conseguido a lo largo de veinte años, es un caso aparte, quizá solo comparable, en cuanto a la resistencia y al insultante dominio individual en la competición, con el récord de veintitrés medallas de oro olímpicas que posee Michael Phelps, si bien muchas de ellas las ganó en relevos, no individualmente.

«No creo que exista mayor reto deportivo que jugar cinco sets contra Rafa sobre tierra batida en Roland Garros», dijo Cahill antes de la última temporada de Nadal. «La energía que despliega en la pista, su potencia y su juego, su actitud mental y la determinación de no darse nunca por vencido... Cuando sale a la pista no subestima a ningún contrincante. No importa si eres el número ciento y pico o el número uno del mundo: él te trata exactamente de la misma manera, con el mismo respeto. De modo que si le ganas un juego o un set, o si resulta que eres de los pocos que le han vencido en Roland Garros, es porque te lo has currado.»

Catorce Roland Garros parece un récord imbatible, aunque Nadal, un campeón con los pies en el suelo, pese a su flamante currículum y su superyate de veinticinco metros de eslora, rechaza esa idea tan categórica. Se ha centrado mucho más en sacar el máximo partido de sí mismo —punto a punto, partido a partido, entrenamiento a entrenamiento— que en llegar a donde nadie más pueda hacerlo.

«Soy feliz con lo que soy», me dijo en el 2020, golpeándose el pecho para enfatizar sus palabras, después de que, para su gusto, yo le hubiera hecho demasiadas preguntas sobre récords tenísticos. «Mi nivel de felicidad no depende de esos números. Estoy muy agradecido por todo lo que me ha ocurrido. Me siento muy afortunado, pero lo he dicho muchísimas veces: la obsesión nunca es buena. Si te obsesionas con ganar más títulos, con ser mejor que otros, creo que puedes acabar frustrado. La realidad es que no intento imponerme obligaciones que me lleven a ser menos feliz.»

Nadal se rio por lo bajo, en un gesto reflejo, al enfatizar su postura; es otro de sus tics. Siempre me ha parecido un rasgo familiar, adquirido en las largas sobremesas en casa de los Nadal, entre bocados de pescado a la parrilla o pasta con marisco. He escuchado al tío de Nadal, Toni, subrayar sus comentarios de la misma manera. Parece un intento por suavizar las cosas, como si Nadal supiera que tú no te esperabas ese punto de vista, que quizá no ves las cosas igual que él. Pero lo que también está claro cuando rehúye educadamente

cualquier posible tensión es que no cambiará de parecer, no modificará su código base.

«No necesito ganar doce, trece o catorce Roland Garros», me dijo entonces. «No necesito ganar veintiuno, veintidós o veintitrés Grand Slam para superar o igualar a nadie. Pasará lo que tenga que pasar. Lo que está en mi mano es hacer las cosas lo mejor que sé. No puedo estar siempre pendiente de lo que tengo al lado y pensar: “Este tipo tiene una casa más grande que la mía”.»

«¡Joder!», exclamó Nadal, «siempre va a haber alguien con más dinero, con un barco más grande o con una mujer más guapa. No puedo estar mirando fuera todo el rato, porque es una fórmula que solo trae infelicidad. La felicidad tiene que venir de dentro».

De vuelta al exterior, de lo que no hay duda es de que el récord de Roland Garros de Nadal seguirá siendo su logro más icónico: una supercifra que lo definirá y permanecerá en la memoria colectiva dentro de veinte, cincuenta o cien años. Por eso yo quería que ese fuera el principal objetivo de este libro, la lente a través de la cual observar su vida y su carrera. También quería profundizar en Roland Garros, el lugar donde Nadal se definió a sí mismo y donde redefinió los límites del dominio en este deporte, subiendo el listón a una altura de vértigo para los talentos de las próximas generaciones, que quizá estén más motivados por lo externo que él.

Ahora que ha terminado su carrera como tenista, este libro quiere ser el retrato de un campeón y de su campo de pruebas. Me siento en condiciones de escribirlo tras haber vivido una parte considerable de mi vida adulta en Francia y en España, y después de haber cubierto Roland Garros durante más de treinta años. Es el torneo de Grand Slam que mejor conozco, con el que siento una conexión más profunda después de haber contraído matrimonio con una parisina, haber vivido de recién casado a un par de manzanas de la sede del torneo y haber colaborado en la crianza de mis tres hijos francoestadounidenses.

He visto Roland Garros transformarse repetidas veces, y ahora por completo. El campo de fútbol donde en su día yo

jugaba como vecino del barrio desapareció hace tiempo, un daño colateral de la expansión del torneo. Todo lo que queda del recinto de tenis original, construido en 1928, es el rectángulo de tierra batida de la pista central y, al borde del recinto, un pequeño edificio de madera que una vez acogió al futuro campeón del torneo Yannick Noah y que ahora es, de forma poco poética pero muy simbólica, un carísimo bar de aperitivos.

He sido testigo de muchos cambios durante mis años en Roland Garros, pero por encima de todo he visto innumerables victorias de Nadal: títulos en tres décadas diferentes, títulos que van más allá de lo razonable. Estuve allí en el 2005, en la zona de prensa y en la fiesta con la que se celebró su victoria cerca de la Torre Eiffel, cuando debutó a los diecinueve años con el pelo largo, una camiseta fosforescente sin mangas y un pantalón pirata blanco. También estuve allí en el 2022, cuando ganó por última vez, con treinta y seis años, una calva incipiente y un atuendo mucho más conservador, necesitado de inyecciones analgésicas diarias en el pie izquierdo para aguantar los partidos.

Roland Garros había cumplido ciento catorce años cuando Nadal entró en escena. Pero París nunca había visto a nadie como él, y ahora sus cosmopolitas habitantes podrán verlo siempre que quieran. Solo tienen que asomarse a la puerta principal de Roland Garros.